

BARRIO GOZALO, M., *La embajada de España en Roma durante el reinado de Carlos II (1665-1700)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 2013. ISBN: 978-84-8448-757-9.

---

David Martín Marcos

CHAM, FCSH, Universidade Nova de Lisboa-Universidade dos Açores

No hay muchos historiadores que conozcan tan bien las instituciones españolas en Roma durante los siglos modernos como el profesor Barrio. Autor de trabajos capaces de revertir la mirada tradicional sobre las relaciones hispano-romanas, a lo largo de su carrera su labor ha colmado un periodo prolongado de desatención y avanzado hacia la integración de las problemáticas hispanas en el marco europeo. Sin olvidar referentes clásicos en el estudio de la presencia española en Roma como fueron las obras de Justo Fernández Alonso o Rafael Olaechea, Barrio ha entablado durante años un fructífero diálogo con la historiografía italiana, con autores como Anselmi, Frigo, Signorotto o Visceglia, preferentemente, para dotar a sus investigaciones de una mirada más amplia y compleja. Además, su profundo conocimiento de la documentación conservada en archivos y bibliotecas de la ciudad del Tíber le ha valido para tejer de forma concienzuda un panorama poliédrico y lleno de matices de un tema apasionante.

Este nuevo libro, editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, es fruto de esa trayectoria. Meticuloso hasta el extremo, el trabajo es, no obstante, al mismo tiempo un valioso ejemplo de didáctica con el que lectores menos familiarizados con una materia por veces árida encontrarán un provechoso instrumento con el que sumergirse en las laberínticas relaciones Iglesia-Estado. Barrio ha elaborado una interesantísima cartografía no circunscrita al reinado de Carlos II ni a la embajada, la institución española de referencia en Roma, para ocuparse de todos los elementos que componen el entramado hispano en la ciudad, que se antoja brújula imprescindible para ulteriores estudios. Desde la Agencia de preces a las iglesias de Santiago y Montserrat, del barrio a la embajada, todos los aspectos que giran en torno a la representación del rey católico en los Estados Pontificios son desgranados por el autor.

La primera parte de la obra, la dedicada a la propia embajada, se abre con un perfil general sobre la figura de su titular. Barrio repasa los orígenes de la institución –no sólo de la misión permanente en Roma-, la extracción social y la formación de los representantes de la Monarquía. Reflexiona sobre la importancia de la prudencia en su labor y dedica un memorable pasaje a lo que él llama la “soledad política” del embajador. Circunstancia ésta que condiciona su actividad. Es a partir de ahí desde donde el autor se sumerge en el periodo de finales del siglo XVII y traza unos breves semblantes de los cinco embajadores que ejercieron su labor en Roma durante el reinado de Carlos II: los marqueses de Astorga, del Carpio y de Cogolludo, el conde de Altamira y el duque de Uceda. Claro que la atención de Barrio por las familias de los embajadores, que en casos como el del Cogolludo, contando sirvientes y lacayos, alcanza los 150 miembros, o por el palacio de la embajada no es menor y resulta, de hecho, más interesante que las conocidas trayectorias de aquellas personalidades. La figura del secretario de la institución, reconoce Barrio, es un personaje que merecería mayor atención, si bien es en el apartado dedicado a los gastos e ingresos de la embajada donde él mismo aporta datos realmente interesantes y

novedosos. Barrio desmonta el tópico de la falta de apoyos económicos a los embajadores de la Monarquía y del escaso salario que recibirían. Lo hace con información de primera mano para demostrar los pingües beneficios que a sujetos como el duque de Uceda le supone su paso por la embajada. Otra cosa distinta, matiza Barrio, es que los retrasos en los pagos no sean infrecuentes y que en ocasiones se vivan puntuales episodios de falta de liquidez.

Pero en cualquier caso el presupuesto con que cuenta el embajador es en teoría suficiente para cubrir con el mayor de los decoros los gastos del ceremonial –ese instrumento de la propaganda cultural- y desempeñar sus funciones. Estas, explica Barrio, son bien conocidas gracias a las *advertencias* que para el buen gobierno los embajadores van legando a sus sucesores y encierran mayor complejidad de lo que podría pensarse. Ciertamente, al conocimiento de las intenciones del papa, la conservación y el aumento del partido español en Roma o la influencia en la elección de un pontífice en tiempos de sede vacante, han de unirse aquellas prácticas no menos ajenas a un embajador católico ante la Santa Sede como son la obtención de gracias (cruzada, subsidio y excusado), la vigilancia en la provisión de obispados en los estados italianos o las denuncias de abusos en los beneficios españoles.

El libro continua con un capítulo dedicado al *quartiere*, o barrio de la embajada, que ahonda aún más en las múltiples facetas y funciones del embajador. Tópico al que la historiografía ha dedicado especial atención en los últimos años, la influencia de los *quartieri* en el desarrollo urbano romano y las controversias que ellos mismos generan en la vida cotidiana de la ciudad son elementos revisados por el autor, quien insiste en considerar a la española una más entre las muchas franquicias dibujadas en el plano romano. La historia de los *quartieri* que Barrio recupera sirve para recordar que en origen han sido las élites nobiliarias de la ciudad las que tradicionalmente se han abogado tales derechos en los límites ampliados de sus palacios. Posteriormente, expone el autor, una suerte de alianza entre los embajadores franceses y españoles habría contribuido a su defensa frente a la cada vez mayor oposición de los pontífices, los cuales, en el caso hispano, logran su abolición en tiempos del marqués del Carpio.

La Agencia de preces es otra de las instituciones españolas en Roma abordada por el profesor Barrio, lo cual, dada la escasez de trabajos recientes sobre este asunto, es ya un dato a tener en cuenta. Una vez más Barrio aboga por una exposición analítica. Probablemente con el eco del soberano-pontífice bosquejado por Prodi, el autor presenta al agente de preces como el representante máximo del monarca ante un pontífice cabeza de la Iglesia para subrayar que lo es al tiempo que el embajador ostenta esa posición ante un papa que es a su vez soberano temporal. Ello, concluye Barrio, provoca una marcada bicefalia origen de fricciones entre ambos. A pesar de que los negocios del agente son por norma eclesiásticos y que han de resolverse en los tribunales de la Cancillería y la Dataría, es difícil no observar en sus negociados injerencias en campos propios del embajador y viceversa. Ciertamente tales episodios se cuentan en los protagonizados por los agentes Nicolás Antonio, Francisco Bernardo de Quirós, Antonio Pérez de la Rúa y Antonio Torralba que se repasan en la obra. Presentados los titulares de la Agencia, nuevamente opta Barrio por un desglose de la institución que recuerda al que ha establecido para la embajada en el capítulo primero. Sin duda, la estructura seguida es una muestra más de la bicefalia a que ya ha hecho mención, aunque la menor densidad de datos presentados en este caso pueda hacer pensar que en el fondo el agente siempre habría de estar por debajo del embajador.

Algo parecido puede decirse de las llamadas iglesias nacionales en Roma, las de Santiago, de los castellanos en plaza Navona, y de Montserrat, de los aragoneses en la homónima calle de Roma. En ellas el avance del patronato real, personificado en el embajador, frente a los límites impuestos por sus propias congregaciones dará lugar a duros enfrentamientos que demuestran un deseo de afirmación regia no desprovisto de opositores. Con todo, este no es el único aspecto que en torno a las iglesias nacionales: el patrimonio, las rentas y las inversiones son analizadas con detalle, sobre todo, gracias a la documentación conservada en el Archivo de la Iglesia nacional española de Roma, completando trabajos anteriores del propio Barrio o de Manuel Vaquero Piñeiro. Aunque, si algo podría achacarse a su análisis sería la falta de un enfoque comparado en el que entrasen en juego las iglesias de Francia o el Imperio, por citar dos de fuerte peso, recuperando para este campo un juego de espejos y parangones que es practicado en el resto de la obra con numerosos e ilustrativos ejemplos.

Es verdad que la sugerencia podría dar pie casi a un nuevo libro pero, teniendo en cuenta las capacidades que el autor demuestra, nada sería imposible. Por lo pronto, *La embajada de España en Roma...* del profesor Barrio abre magníficas vías para el futuro más inmediato.